

# Sección latinoamericana

## HAITI

“... un cigarro encendido  
por ambas puntas. . .”

Entre el Caribe legendario y el moderno Caribe existen profundas diferencias. Una larga etapa histórica se interpone. Aquél, el legendario, célebre por las tropelías que cometieron famosos corsarios franceses, holandeses e ingleses, quedó plasmado en las emocionantes páginas de las novelas de aventuras que escribieron plumas de la talla de Emilio Salgari. Este, el moderno, el de nuestros días, sin duda pasará a la historia por las enormes diferencias que existen entre las diversas naciones que lo integran en lo económico, lo político y lo social. Diferencias que algunos se empeñan en soslayar manipulando las falsas imágenes fabricadas por los cineastas *hollywoodenses*: mujeres hermosas, con la piel color de ébano, envueltas en aromas exóticos y en un marco de vegetación exuberante, que hechizan a los hombres con sus excitantes caricias; imponentes casinos de juego, donde las principales fortunas

ganan y pierden al rodar de la ruleta o en el brincar de un par de dados.

Cierto es que todas estas cosas existen en el Caribe. Todas ellas tuvieron, y aún tienen, un carácter muy peculiar: servir de escaparate para ocultar terribles contrastes que existen en diversos países de esta región del mundo. Para constatar esto, basta echar una ojeada a cualquier análisis elaborado por las agencias interamericanas, o bien, dar un vistazo a los cromáticos folletos de las agencias de viaje, para los cuales la miseria de los pueblos tiene un innegable valor turístico.

Recientemente, en una serie de artículos sobre Haití, publicados por *El Herald de México*, un ciudadano haitiano comentaba con un periodista mexicano: “Todos los extranjeros que llegan a mi país, lo primero que buscan para ver, son nuestras pobreza, nuestra miseria, como si a quien careciendo de ropa que ponerse, le llegaran antes que nada mirando sus desnudeces”. Y el mismo ciudadano reclamaba —escribe el periodista— su derecho para exigir al visitante menos crueldad para con su país.

Empero, las “desnudeces” de Haití, no son —como se verá— de reciente confección; son el resultado de un complejo cuadro de problemas económicos y sociopolíticos, producidos por el tipo de vinculación colonial de la formación so-

cial haitiana respecto de los centros hegemónicos del capitalismo mundial, a través de enclaves mineros, de plantaciones agrícolas, del intercambio de materias primas por productos manufacturados, y de un proceso de desnacionalización impulsado por capitales foráneos.

### *Algunos datos básicos*

Haití ocupa la parte occidental de la isla de Santo Domingo. Limita al norte con el océano Atlántico, al este con la República Dominicana, al sur con el mar de las Antillas y al oeste con el Paso de los Vientos, que lo separa de la isla de Cuba por escasos 80 km. Cuenta con una superficie total de 27 750 km<sup>2</sup>, en los que se alternan los valles con las zonas montañosas, las cuales forman dos penínsulas que se proyectan hacia el poniente formando el golfo de Gonave. El 25% del territorio está cubierto de bosques, en los que abundan el cedro, la caoba y el pino; los recursos minerales son escasos y poco explotados, salvo en el caso de la bauxita. En la tierra haitiana se produce café, plátano, caña de azúcar, tabaco, henequén y algodón, principalmente.

A mediados de 1975, la población total estimada fue de 5 888 482, la cual tenía una tasa de crecimiento de 2% anual. El 90% es de origen negro y el 10% restante se divide entre mulatos y

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., sino en los casos en que así se manifieste.

blancos. Haití tiene una densidad de 180 habitantes por kilómetro cuadrado, una de las más altas del mundo.

Según cálculos del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), poco más del 53% de la población es menor de 20 años, y se distribuye de la siguiente manera: 976 675, de 0 a 4 años; 839 903, de 5 a 9 años; 710 482, de 10 a 14 años y 604 855 de 15 a 19 años. La población urbana es de 1 221 989 y la rural de 4 666 493. La capital, Puerto Príncipe, cuenta con casi 500 000 habitantes.

La población económicamente activa es de 1 800 000 personas, el 30% de la total. Casi el 90% depende de la agricultura; el 4% de la industria y el comercio; 4.5% de los servicios; 3% de la construcción y el 1.5% del gobierno.

El ingreso total en 1975 fue de 570 millones de dólares y el ingreso *per capita* fue de 130 dólares, según las cifras del Banco Mundial. Cabe señalar que el ingreso *per capita* promedio de América Latina fue de 426 dólares, es decir, 2.27 veces mayor que el de Haití.

Uno de los rasgos más característicos de la formación económico-social haitiana es la excesiva acumulación de riqueza. Sólo unas cuantas familias allegadas al poder controlan la riqueza nacional, mientras que la inmensa mayoría tiene grandes carencias. Baste señalar que el salario mínimo oficial para los obreros es de 180 *gourdes* mensuales (36 dólares) y un peón rural recibe 35 dólares mensuales; un instructor del Estado gana de 50 a 60 dólares al mes, y un profesor universitario, 120 dólares; los 58 diputados de la Cámara Legislativa, 400 dólares cada uno; un ministro 600 dólares y el Presidente 2 000 dólares mensuales.

A estas percepciones el Estado descuenta 10%, mismo que cubre con boletos de la lotería, en la que el afortunado puede obtener un refrigerador o un automóvil.

El país cuenta con algo más de 9 000 000 de ha. de tierras cultivadas. El 10.2% de la superficie cultivable corresponde al 67.27% de las explotaciones, cuya extensión es de dos hectáreas o menos; 23.18% de la superficie a 29.55% de las explotaciones, con una extensión que oscila entre dos y diez hectáreas y 66.62% de la superficie total la controla el 1.15% de las explotaciones.

Según señala un especialista, "Las grandes propiedades son explotadas por el sistema de medianería o arrendamiento por agricultores sin tierra. La renta de la tierra o el sobreproducto obtenido no es invertido en la agricultura, para mejorar los métodos de cultivo (compra de implementos, fertilizantes, obras de riego), sino que se destinan a gastos de consumo y a la vida urbana acomodada de los latifundistas". En las pequeñas fincas, por su parte, persisten los métodos arcaicos de explotación, la falta de crédito y la existencia de pequeños arrendatarios, lo que da por resultado un bajo nivel de productividad, que llega a compararse con la economía de subsistencia. Además, el pequeño arrendatario depende de los prestamistas para la compra de semillas y aparejos, incluso para la subsistencia y cualquier gasto imprevisto.

Para el mediano agricultor, el panorama no es mucho mejor. Comparte la baja productividad y trabaja en las mismas condiciones arcaicas que el pequeño arrendatario. Generalmente tiene que dividir la tierra en varias explotaciones minúsculas y contratar arrendatarios; sufrir la intervención de los intermediarios y de los prestamistas ligados al aparato gubernamental para subsistir.

Según cifras disponibles, en 1971 Haití contaba, para una población de 4 314 628 personas, con 942 040 unidades de habitación, 138 220 en las áreas urbanas y 814 220 en las rurales. El 65.6% de las unidades de habitación tenían dos cuartos; 12.1%, tres cuartos; 2.1%, cuatro cuartos; 0.6%, cinco cuartos; 0.4%, seis cuartos; 0.4%, siete cuartos y 0.1%, ocho cuartos.

En 1973, de la población total 11% disponía de abastecimiento de agua. Contaban con ese servicio 45% de los habitantes de las áreas urbanas y 2.0% de la población de las rurales.

En 1973, el gobierno destinó 20.8 millones de *gourdes* (poco más de cuatro millones de dólares) a salud pública (13.7% del gasto público total).

Para 1972 había 48 hospitales y 3 494 camas, de las cuales 2 600 estaban en la capital y el resto, 894, en las áreas rurales. Es decir, mientras que en Puerto Príncipe había 4.7 camas para cada 1 000 habitantes, en el campo apenas había 0.2 camas por 1 000 personas.

En ese año había 0.8 médicos por

cada 10 000 habitantes. Y es que, como señala un comentarista en *Le Monde*, el escaso salario que perciben les obliga a abandonar el país. Según esta fuente, un médico gana aproximadamente menos de 300 dólares por mes.

La tasa de mortalidad general es de 8.1 por cada 100, mientras que la mortalidad infantil se eleva a 240 por cada 1 000 niños nacidos vivos. La esperanza de vida al nacer es de 48 años. Las principales causas de muerte natural son: enfermedades del aparato digestivo, entre ellas gastritis y enfermedades parasitarias; enfermedades del aparato respiratorio; enfermedades infecciosas; tétanos, tuberculosis y desnutrición. En este último aspecto, cabe señalar que la población haitiana consume un promedio de 1 800 calorías diarias. Según un análisis reciente, cada habitante consume siete litros de leche al año.

En cuanto al aspecto educacional, Haití no presenta un cuadro más halagüeño: 90% de la población total es analfabeta. Según señala *Le Monde*, en la población rural la tasa de niños escolarizados de 5 a 14 años no excede de 11%. En las ciudades sólo asisten a las escuelas los hijos de los acomodados, ya que los centros educativos están en manos privadas. En Puerto Príncipe está la única universidad de Haití.

#### *Breve recorrido histórico*

El pueblo haitiano conquistó su independencia en 1804, después de 15 años de incesante lucha contra las tropas francesas. Las condiciones particulares en que se desarrolló hicieron de esta guerra la revolución más compleja de la época; fue al mismo tiempo anticolonial, al luchar por emanciparse de la metrópoli; antiesclavista, de esclavos contra amos; racial, de negros contra blancos y mulatos, e internacional, de haitianos contra ingleses y españoles, quienes ambicionaban la posesión de la isla por su valor estratégico y por las inmensas riquezas que producía.

Haití se convirtió en la primera república negra independiente de la historia y en el primer país de América Latina que se desprendió del tutelaje colonial.

Durante la época colonial, la riqueza principal de Saint Dominique (nombre de Haití antes de la independencia) procedía de la agricultura. Enormes plantaciones de café, cacao, azúcar, algodón y otros productos tropicales eran trabaja-

das por esclavos negros traídos de África. Existían además 793 fábricas de azúcar, 182 destilerías productoras de aguardiente y ron, 370 fábricas de cal y 36 de tabiques. El comercio con Francia era intenso: representaba hasta 40% del comercio exterior de la metrópoli, y consistía principalmente de granos, fibras, ron, palo de Campeche, frutas, etc., que eran transportados en 750 grandes navíos que cruzaban anualmente el Atlántico.

Después de la independencia, el Estado confiscó todas las propiedades de los franceses, con lo que la gran mayoría de las plantaciones pasaron a constituir propiedad de la nación. A partir de aquí comenzaron a surgir las nuevas estructuras que dieron a la agricultura haitiana su fisonomía particular.

En efecto, las nuevas autoridades —influidas por los modelos socioculturales de la sociedad colonial y apoyados en la experiencia de esa época— bien pronto se dieron a la tarea de constituir grandes propiedades con las tierras confiscadas.

Enormes extensiones de tierra fueron distribuidas a los jefes militares de la revolución y a los principales funcionarios negros y mulatos. De este reparto quedó excluida la gran masa rural. Así empezó a surgir una nueva estructura agrícola y una estratificación social diferente a la colonial.

Los militares y funcionarios propietarios de grandes extensiones formaron una nueva aristocracia latifundista, ocupada más en los asuntos políticos que en la producción agrícola, que canalizaban sus beneficios hacia formas de consumo inspiradas en los moldes de la aristocracia europea. En cambio, la mayoría de la población, la gran masa rural, se convirtió en verdaderos siervos de los latifundistas y unos cuantos, los más afortunados, en arrendatarios de parcelas estatales o en medieros. Muchos de los siervos se fugaron de las plantaciones y explotaban en los montes pequeñísimas parcelas, apenas capaces de garantizar su subsistencia. Tales explotaciones se conocen como "plantación cimarrona" o "economía cimarrona". El cimarrón era el esclavo fugitivo, que organizaba su espacio económico para sobrevivir. La situación no era estable, siempre andaba "a salto de mata", huyendo de sus perseguidores. Además, carecía de título de propiedad, por lo que sus escasos bienes podían ser confiscados.

La nueva estructura agrícola que se formó, se caracterizó por una permanente baja productividad proveniente, según algunos investigadores, de la conjugación de los siguientes elementos: *a)* la destrucción de las plantaciones durante la guerra, debido al uso indiscriminado de la táctica de "tierra quemada" para reducir al oponente; *b)* la aplicación de métodos inadecuados en la explotación de las plantaciones después de la independencia, lo que condujo a su agotamiento prematuro; *c)* la escasez de mano de obra calificada y de personal técnico adecuado que sustituyera a los colonos franceses en el cuidado de los cultivos, lo que aunado a la incapacidad del Estado para crear los cuadros técnicos necesarios, agravó la situación, y *d)* la constante descapitalización de la tierra por la muy deficiente administración de los latifundistas.

Además de los elementos mencionados, cabe señalar que con la vida independiente surgieron nuevos sectores consumidores, lo que provocó una escasez general de bienes disponibles y configuró la necesidad de promover una producción agrícola destinada al consumo interno en detrimento del comercio exterior.

Por su parte, el comercio exterior se limitó a niveles muy reducidos debido a las presiones de Francia, Inglaterra y España, que establecieron un "cordón sanitario" alrededor de Haití, el cual rompió los nexos del país con el mercado mundial. Durante casi un cuarto de siglo Haití vivió dentro del marco de la autarquía.

A partir de 1826, poco a poco las potencias colonialistas —en particular Francia— buscaron recobrar su hegemonía. La ex-metrópoli impuso a Haití una "deuda de la independencia" de 150 millones de francos, para compensar a los colonos expulsados de la isla, que habían perdido sus propiedades. Con el reconocimiento de esta deuda, que significó para Haití volver casi a su anterior posición de colonia, se abrió nuevamente el mercado mundial, vendiendo café y palo de Campeche.

Sin embargo, los nuevos nexos con Francia, aunados a la deficiente organización de la producción y la baja productividad, determinaron que el comercio exterior fuera reducido, en comparación con el que existía durante la época colonial. Esto influyó en el sector agrícola. En efecto, el alto precio del café

en el mercado mundial constituyó un fuerte estímulo para que los latifundistas ampliaran las áreas cultivadas para participar en el mercado. Esta situación dio lugar a que la producción agrícola, antes abundante y diversificada, cediera su lugar al predominio del monocultivo.

Entre tanto, en el terreno de lo político los primeros años se caracterizaron por la continua lucha por el poder entre los elementos de la clase dominante. Numerosas y cruentas batallas se sucedieron entre el norte y el sur del país hasta 1822, cuando Jean Pierre Boyer unificó Haití bajo su mando. Boyer permaneció al frente del gobierno hasta 1843, cuando una nueva insurrección lo derrocó y lo envió al exilio.

En la segunda mitad del siglo pasado y los primeros años del presente la historia de Haití está marcada por las contradicciones sociales generadas entre la aristocracia feudal, empeñada en conservar hasta el fin sus privilegios y su hegemonía, y los elementos modernizantes de la sociedad, los comerciantes y exportadores, interesados en buscar una vía industrial para el desarrollo nacional. Tales contradicciones se reflejaron en el gobierno y en el seno de las clases dirigentes, y condujeron al país al caos económico y político.

A fines del siglo pasado, cuando los países capitalistas más desarrollados entraron en la fase imperialista, el país se convirtió en botín ambicionado por las potencias europeas y por Estados Unidos. Poco a poco, los capitales de estos países, aprovechando el estado de confusión imperante, comenzaron a instalarse en las actividades agrícolas y comerciales, a pesar de una disposición constitucional celosamente mantenida desde la independencia, que prohibía formalmente el derecho de propiedad a los extranjeros.

En poco tiempo fueron creadas varias empresas dedicadas a la explotación de café y plátano, y otras más, dedicadas al comercio exterior, y rápidamente controlaron estos importantes sectores de la economía, extendiendo por ende su influencia a toda la actividad económica de Haití. Los capitales estadounidenses además de controlar un alto porcentaje de la producción y comercialización de los productos agrícolas, invirtieron en una compañía de ferrocarriles. Por otra parte, el Gobierno de Washington obtuvo la concesión para instalar una base naval en la bahía de San Nicolás, cuando

se acercaba el vencimiento del primer convenio sobre la base de Guantánamo con el gobierno cubano.

Los primeros años de la presente centuria fueron particularmente adversos para la economía de Haití. Las crisis internacionales de 1901-1902 y 1907-1908 ocasionaron una fuerte contracción en el mercado mundial del café, afectando considerablemente las exportaciones haitianas, por lo que el gobierno tuvo que acudir a nuevos préstamos, incrementando la deuda externa, que llegó a superar con mucho la capacidad de pago del país.

Para apreciar mejor la enorme carga que representaba la deuda externa para el erario público, baste señalar que en 1904 el país adeudaba 41 millones de dólares, mientras que el presupuesto anual del Estado apenas alcanzaba a 12 millones de dólares.

La inestable situación internacional y la crisis interna desembocaron en un permanente estado de inquietud social. De 1908 a 1915 se sucedieron siete gobiernos. Sólo en 1914, tres presidentes fueron derrocados. En 1915, cuando el poder establecido estaba por derrumbarse empujado por el ascenso de nuevas fuerzas que buscaban imponer ciertos cambios sociales, un factor externo cortó de tajo el proceso: el desembarco de los *marines* en el territorio haitiano, que marcó el inicio de la ocupación estadounidense de 1915 a 1934. El largo período de ocupación estadounidense tuvo como efecto el reordenamiento de la sociedad, que recobró importantes características de la época colonial. El centro de decisión salió del control de las clases dominantes para trasladarse a Washington.

La propiedad agraria tradicional sufrió una importante mutación en beneficio de los capitales estadounidenses. A partir de 1915, numerosos hombres de negocios se interesaron por establecer plantaciones agrícolas. Varias comisiones viajaron para estudiar las posibilidades que ofrecía Haití al respecto. Los estudios, supervisados por el Departamento de Estado, aseguraron el cultivo de caucho, plátano, caña de azúcar y algodón.

Para facilitar la entrada del capital foráneo se tomaron varias disposiciones legales a lo largo de la ocupación. Según unos investigadores haitianos, en 15 años se adoptaron por lo menos 33 disposiciones de acuerdo con las sugerencias o las exigencias de los inversionistas, para garantizar y proteger sus propiedades.

En estas condiciones, millares de hectáreas fueron compradas por empresas estadounidenses para desarrollar métodos de producción en gran escala que venían aplicando en diversos países latinoamericanos. En 1929, se estimó que unas 15 000 ha. de tierra fueron ocupadas por esas empresas. Otros estudios señalan que para 1930 siete compañías poseían 20 000 ha. Además, 12 compañías explotaban en concesión unas 108 000 ha. Entre las principales empresas destacan: W. A. Rodenberg; Haytian American Sugar, Co.; Haytian American Development Co., y Haytian American Co., que en conjunto llegaron a controlar poco más de 80% de las tierras concesionadas.

La oligarquía nativa fue rápidamente desplazada tanto del control de la producción agrícola cuanto del control de las finanzas y las aduanas, que quedaron bajo el dominio del First National City Bank, lo que permitía asegurar la amortización de la deuda haitiana con Estados Unidos. El banco neoyorquino pasó a ocupar, además, el lugar del Banco Central, y mediante un Memorándum fijó la paridad permanente de cinco *gourdes* por dólar, con lo que obtuvo pingües beneficios. Cabe señalar que esta paridad rige todavía.

Por otra parte, la ocupación remodeló la estructura social, modernizándola y adaptándola para aceptar los modelos de consumo propios de la sociedad estadounidense.

Ahora bien, desde el mismo día del desembarco de la marina de guerra de Estados Unidos, la resistencia popular luchó con decisión por recobrar la soberanía perdida. No obstante, después de sufrir serios reveses, los *marines* desataron una cruenta represión contra el movimiento popular, llegando a dominar a la población. Sin embargo, algunos patriotas, recogiendo la herencia de la lucha anticolonial, recurrieron a la guerra de guerrillas, que duró varios años. Además, entre la población civil siempre se manifestó una franca hostilidad a los *marines*.

En esa época nació la Garde d' Haiti, un moderno aparato represivo, adiestrado y organizado en Estados Unidos, para mantener a cualquier costo el orden instituido por el capital estadounidense.

Sin embargo, pese a la magnitud de las inversiones y de las medidas adoptadas, la ocupación no dio lugar a la

transformación de la sociedad precapitalista haitiana hacia formas más avanzadas en la organización de la producción y de la vida social.

Después de dos decenios Haití continuó con estructuras correspondientes a una sociedad periférica capitalista, en la que el sector precapitalista no logró romper las viejas estructuras arcaicas y promover el advenimiento del desarrollo capitalista, aunque fuera el subdesarrollado.

La crisis mundial de 1929 afectó particularmente al país, debido a su vinculación dependiente de Estados Unidos a través del comercio exterior. Ello significó una agudización de las tensiones sociales y un reforzamiento de los sentimientos nacionalistas de los haitianos, que luchaban por una vía diferente por el desarrollo de Haití. Al mismo tiempo, en marzo de ese año, se inició en forma velada una campaña oficial destinada a impedir la celebración de elecciones presidenciales y de renovación de las cámaras legislativas, conforme a lo estipulado por la Constitución de 1918. Frente a esta actitud, los grupos nacionalistas moderados e independientes se organizaron para alcanzar la realización de las elecciones y renovar los poderes Legislativo y Ejecutivo en mayo de 1930.

Durante todo el año de 1929, la sociedad haitiana vivió en un permanente clima de tensión. La actividad política bullía por todas partes, los mítines y las acciones de las masas encabezadas por los nacionalistas abarcaron todo el país. La represión oficial, también. En agosto de 1929 se registraron conatos de sublevación en varios puntos del territorio, y en diciembre tuvo lugar una matanza de nacionalistas, lo que intensificó la lucha social.

Mientras tanto, en Estados Unidos el presidente Hoover anunció la inauguración de una nueva política exterior y declaró: "Los Estados Unidos no deben ser representados en el extranjero por los *marines*". La situación prevaleciente en Haití y el resurgimiento del movimiento nacionalista obligaron al mandatario estadounidense a concretar su proyecto y apresurar las medidas tendientes a este fin.

A los pocos días, el Congreso estadounidense envió una comisión investigadora para solucionar el caso haitiano. En Haití, las opiniones se dividieron respecto a dicha comisión: por una parte, el

Presidente se manifestó contrario declarando que un cambio de personas en el gobierno representaba un serio peligro para la situación nacional; por otra, los círculos nacionalistas, aunque con cierto pesimismo, confiaban en que esta comisión recomendaría la realización de las elecciones y la salida de las fuerzas de ocupación. El 28 de febrero de 1930 desembarcaron en Puerto Príncipe los comisionados, quienes fueron recibidos por una gran multitud que expresaba las justas aspiraciones populares.

Después de varios meses de trabajos, la comisión recomendó al gobierno de Washington los siguientes puntos: el retiro gradual de los *marines*; el reconocimiento de un presidente provisional que debería ser elegido por un nuevo cuerpo legislativo; la conveniencia de escoger como representantes en Haití a oficiales norteamericanos con tacto diplomático y sin perjuicios raciales y la limitación de la intervención estadounidense en los asuntos internos del país.

Una vez aprobado el plan, los miembros de la comisión pasaron a su ejecución. Lo primero que se hizo fue nombrar un presidente provisional que fuera aceptado tanto por los grupos nacionalistas cuanto por el Gobierno haitiano y convocar a elecciones legislativas.

Así, bajo la fuerte presión del movimiento nacionalista se resolvió la crisis política al desaparecer el gobierno que había suscitado tanto descontento, y cuatro años después se ordenó el retiro de los *marines*.

Después de 1934 la situación de Haití no fue muy tranquila, la agitación social siguió dominando en el panorama político del país, hasta la época de la posguerra, cuando la recuperación económica de los países beligerantes permitió una mejoría en las condiciones económicas de Haití. En efecto, mientras que durante la segunda guerra mundial el valor anual promedio de las exportaciones fue de 15 millones de dólares, de 1946 a 1950 aumentó a 40 millones de dólares al año. En este lapso el café fue el principal producto de exportación, con casi 80% de los envíos, seguido del henequén, del que Haití llegó a convertirse en el tercer productor mundial. En este quinquenio el presupuesto de gastos públicos aumentó de 12 millones a 21 millones de dólares al año.

Esta euforia económica culminó con la construcción de la Cité de L'Exposi-

tion, donde fue conmemorado el bicentenario de la fundación de Puerto Príncipe, lo que llevó a miles de turistas, cuyos efectos benéficos se sintieron en los negocios.

En los años siguientes, con la guerra de Corea, se elevó el precio de las materias primas en el mercado internacional, con lo que el monto de las exportaciones se elevó a 50 millones y el presupuesto anual de egresos se elevó a 38 millones de dólares, quedando además un excedente de recursos presupuestarios.

Empero, al concluir la guerra de Corea, los precios del café y del henequén comenzaron a descender y se mostraron rápidamente las profundas grietas que afectaban a la sociedad haitiana. Con ello, la burguesía y los latifundistas sintieron que había llegado el momento de sustituir al gobierno y en diciembre de 1956 se intentó un golpe de Estado. Los sucesos siguientes fueron particularmente tensos, ya que las masas populares pretendieron participar en la designación del nuevo jefe de Estado, arruinando el discreto juego de las minorías hegemónicas. De diciembre de 1956 a mayo de 1957 desfilaron cuatro gobiernos provisionales que intentaron encontrar una fórmula para restablecer el equilibrio social. Al finalizar mayo de 1957, el ambiente generalizado era de guerra civil. Esta situación fue aprovechada por François Duvalier, quien apoyado en el "bloque negro" hizo una maniobra política de la que surgió como nuevo presidente, el 22 de octubre de 1957.

Al principio de su gestión, Duvalier hizo público un programa de gobierno en el que figuraba un plan de aumento de la producción para acabar con el desempleo, la miseria y el hambre; además, pretendía dar solución al problema del analfabetismo, la supresión de las formas de opresión y servidumbre, garantizar las libertades ciudadanas, etcétera.

Sin embargo, a los pocos meses de instaurado su gobierno, Duvalier empezó a demostrar lo poco realizable de su plan. Se hizo evidente que ningún punto de su programa sería llevado a cabo. Unas tras otras sus promesas se desvanecieron. El aumento de la producción no acabó con la miseria ni con el hambre.

Al contrario, sirvió para atraer grandes empresas estadounidenses que rápidamente acapararon la riqueza. El anal-

fabetismo no disminuyó y las cárceles se llenaron de presos políticos, cuando los activistas no eran asesinados por el terrible cuerpo represivo de los Tontons Macoutes.

En 1959 se manifestó en el Senado una sorda oposición. A los pocos días, seis senadores tuvieron que abandonar apresuradamente el país y otros fueron asesinados. En esta situación —mientras en Cuba triunfaba la Revolución— Duvalier ordenó intensificar las medidas de seguridad.

En 1961, Duvalier revocó el período de mandato de los parlamentarios, con lo que obtuvo el dominio absoluto en la Cámara Legislativa.

Al iniciarse 1963, Haití entró en un período de crisis. Por una parte, las repercusiones del asesinato de Leónidas Trujillo en Santo Domingo y el ascenso de Juan Bosch como presidente de la República Dominicana animó a la oposición haitiana para luchar contra el dictador. Duvalier reaccionó inmediatamente con toda la bárbara violencia que lo caracterizó durante su mandato. Desató una ola de asesinatos y de aprehensiones tanto entre la población civil como entre los militares. Esta situación determinó que el Departamento de Estado norteamericano presionara sobre Duvalier, para obligarlo a abandonar el poder.

Empero, Duvalier no renunció y en cambio sí obligó a la misión militar estadounidense a abandonar el país, lo mismo que al embajador.

En 1964, una vez superada la crisis política, Duvalier hizo circular varios libros donde se mencionaba la posibilidad de ser nombrado "Presidente Vitalicio", y a fines de abril de ese año enormes manifestaciones públicas le solicitaron que aceptara el cargo.

Para legalizar la situación, el 25 de mayo de 1964 la Asamblea Constituyente aprobó una nueva Constitución en la cual una disposición expresa otorgaba a François Duvalier el título de Presidente Vitalicio.

En lo económico, Duvalier demostró una gran incapacidad para resolver los problemas estructurales de la sociedad haitiana, así como aquellos otros creados por las coyunturas de crisis del mundo capitalista. Durante los 14 años que gobernó se deterioraron la producción, el comercio exterior y la capacidad fiscal del Gobierno.

Por otra parte, para algunos expertos el ascenso de Duvalier significó un gran retroceso de la sociedad, ya que cerró las vías para resolver dentro de los marcos institucionales la problemática del desarrollo.

De 1957 a 1971 se fortaleció la dependencia del país respecto a Estados Unidos, hecho que se manifiesta por el aumento de la participación en la producción nacional y en el comercio exterior de las empresas estadounidenses instaladas en Haití. Desde 1960 dichas empresas exportaban cada vez mayores cantidades de minerales de aluminio y cobre, café, henequén, carne y frutas, hasta alcanzar 60% del total de las exportaciones contra 20% que totalizaba su participación en los envíos durante el decenio anterior.

En lo social, tampoco se registró mejoría alguna. El analfabetismo en vez de disminuir aumentó considerablemente, las tasas de mortalidad y morbilidad no fueron abatidas; en algunas regiones del país apareció por primera vez la hambruna y se fortaleció la represión sistemática y el terror contra la población, a través del terrible dispositivo de los Tontons Macoutes y la exacerbación de las prácticas misteriosas del *vudú*.

#### Los años recientes

A la muerte de François Duvalier, en 1971, el poder pasó a manos de su hijo Jean-Claude, de 19 años, quien se hizo cargo de los asuntos públicos el 22 de abril de ese año, tras una solemne ceremonia de juramento de los valores tradicionales del país.

Según se afirma, Jean-Claude nunca tuvo una preparación efectiva para ocupar el poder, lo que repercute en su comprensión de la dinámica política y socioeconómica, tanto nacional cuanto internacional, por lo que el poder real lo ejercen su madre y sus consejeros.

El hijo de Duvalier, conocido como *Bebé Doc*, escogió un nuevo camino para el desarrollo de Haití: *el cambio en la continuidad*. Sin inquietar a la vieja guardia, buscó la alianza con los liberales; reafirmó al capital foráneo las garantías para su libre evolución, al tiempo que invitó a los sectores de la oligarquía mulata a colaborar lealmente en el juego del "arranque" económico.

Este cambio en la condición del país no fue casual. Algunos comentaristas se-

ñalan que obedeció a los dictados del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del First National City Bank, que ejercieron presión sobre el joven Duvalier para liberalizar el ambiente político y apaciguar al país.

Entre las primeras medidas que aplicó en este sentido fue la de liberar a unos cuantos presos políticos y restituir el ejercicio institucional de la justicia, al tiempo que suprimió, temporalmente, los encierros arbitrarios. Sin embargo, no disminuyó la represión contra los grupos políticos de izquierda y los intelectuales que levantan su voz para exigir cambios reales en la sociedad, de manera que las masas populares tengan acceso a una vida más humana.

En cuanto al aspecto económico, la misma debilidad estructural que caracterizó al país a lo largo de su historia se advierte en su evolución reciente. En este marco, cabe apreciar que desde 1970 la evolución del producto por sectores muestra fuertes reducciones en los ritmos de crecimiento.

En efecto, de acuerdo con las estimaciones de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), la tasa anual de crecimiento del producto interno bruto (PIB) pasó de 4.8% para el bienio 1971-1973 a 3.5% para 1975. En este período, los sectores tuvieron un comportamiento irregular, como se muestra en el cuadro adjunto.

Como se aprecia en el cuadro, durante el último quinquenio los renglones más afectados fueron los productores de bienes: la minería, la agricultura y la industria manufacturera. En cambio, el sector de la construcción, que mantuvo de 1971 a 1974 un alto ritmo de crecimiento debido a que las inversiones del sector privado se canalizaron hacia la construcción de la infraestructura turística,

ca, en 1975 decreció bruscamente a consecuencia de la terminación de aquellos proyectos.

En cuanto a la situación de la agricultura, cabe señalar que el escaso incremento en la producción apenas logró satisfacer las necesidades alimentarias derivadas del incremento poblacional, y frenó la expansión del volumen de las exportaciones. Además de sus efectos adversos sobre las exportaciones tradicionales de café, azúcar, algodón, henequén, plátano, etc., esa baja en el ritmo de crecimiento entrañó una rigidez en la oferta de alimentos ocasionando una inmoderada alza de los precios de los productos básicos de la dieta popular, estimada en casi 20 por ciento.

Tendencias análogas mostró la minería, la que viene experimentando un proceso de deterioro desde finales de 1970, y que se agravó en 1971, cuando cesó sus actividades la empresa cuprífera SEDREN.

En cuanto al sector financiero y los servicios comerciales, también mostraron un comportamiento similar, debido a la constante alza en los precios.

Por otra parte, en el sector externo si bien el valor de las exportaciones se elevó de 51 millones de dólares en 1973 a 69 millones de dólares en 1975, este aumento se neutralizó por los mayores precios de las importaciones, que de 72 millones de dólares en 1973 pasaron a 105 millones de dólares en 1975. El dispar crecimiento de las exportaciones y de las importaciones dejó en 1975 un saldo negativo en la balanza comercial estimado en 36 millones de dólares, casi diez veces más alto que el registrado en 1970. A estos resultados hay que agregar el déficit procedente del movimiento de los servicios, lo que sumado al pago neto de utilidades e intereses y descontando

Tasas anuales de crecimiento por sectores de actividad económica (Porcentajes)

	1971-1973	1974	1975*
Agricultura	2.4	1.0	0.3
Minería	9.4	4.1	- 33.5
Industria manufacturera	8.5	9.8	4.8
Construcción	15.6	25.9	1.6
Subtotal de bienes	4.7	3.8	0.7
Servicios básicos	8.6	6.0	6.9
Otros servicios	6.1	3.3	6.2
PIB total	4.8	4.3	3.5

\* Cifras preliminares.  
Fuente: CEPAL.



el importe del monto de las transferencias privadas normales, arrojó un déficit en cuenta corriente de 50 millones de dólares en 1975, casi cinco veces más que en 1970.

Al comentar la situación socioeconómica y política en Haití, los analistas recogen la irónica opinión de Magloire sobre su país: "...Les dejo un cigarro prendido por las dos puntas...", para concluir que "cada día que pasa, Haití genera más problemas que medios para resolverlos". □

## PANAMA

### La difícil conquista de la soberanía

Las agencias internacionales de noticias —como lo señaló el periódico *El Día* (México, 9 de julio de 1976)— no han difundido el texto del mensaje que el general Omar Torrijos, jefe de Gobierno de Panamá, enviara al presidente Gerald Ford, en ocasión de conmemorarse el bicentenario de la independencia norteamericana.

Es importante reproducir aquí ese texto, tal como se estampa en la fecha y periódico indicados. Puede servir, también, para validar uno de los extremos de la presente nota. Dice así:

"Su Excelencia Gerald Ford, Presidente de los Estados Unidos de América, La Casa Blanca, Washington, DC, EUA.

"El pueblo y el Gobierno panameños conmemoran el bicentenario de la independencia de Estados Unidos enlutecidos por la situación colonial de la Zona del Canal. Los setenta y tres años de colonialismo en la Zona del Canal de Panamá llenan de vergüenza los doscientos años de independencia norteamericana y contradicen los ideales de libertad y autodeterminación que inspiraron a los padres de esa patria: Washington, Jefferson y Lincoln.

Es más noble corregir un error que perpetuar una injusticia, por lo cual invitamos al Gobierno de Estados Unidos a ser consecuente con su historia, reconociendo en este año de su independencia los legítimos derechos de Panamá sobre todo su territorio."

Más de una vez, a lo largo de la campaña de los precandidatos a la Presidencia de Estados Unidos, se ha señalado, por observadores nacionales y extranjeros, la importancia cada vez mayor que el tema del Canal de Panamá ha adquirido en los discursos, declaraciones y reportajes de los personajes involucrados en la contienda política.

De otro modo: la cuestión del Canal se convierte en objeto de discusión y alcanza una difusión importante en amplios sectores del pueblo norteamericano. De la pacífica y silente prescindencia de otrora se ha llegado hoy a la discusión abierta y a la necesidad impostergable de adoptar posiciones definidas.

Lo que subraya, también, un hecho que algunos analistas han calificado de muy peculiar en esta misma campaña de los "presidenciables": nunca como hoy las relaciones de Estados Unidos con América Latina habían alcanzado ese *status* de tópico cotidiano en la carrera por lograr la nominación de candidato a la primera magistratura. En este contexto se inscribe, sin duda, el mensaje del general Omar Torrijos que, en su descarnada y vigorosa concisión, refleja las consecuentes y legítimas luchas del pueblo panameño por su soberanía e independencia.

Cierto es que no cabe esperar una decisión respecto a las negociaciones sobre el Canal —un paso concreto por el camino de las soluciones— hasta en tanto no se dilucide la contienda electoral en Estados Unidos. Por otra parte, hay que considerar que la política exterior de Washington opera con un supuesto probablemente carente de una base real: la estrecha, demasiado estrecha, relación que se establece entre la sobrevivencia de Torrijos en el poder y la firma de un tratado sobre el Canal.

Existen, como lo afirma Enrique Jaramillo Levi<sup>1</sup> corrientes de opinión en Panamá cuya razón de ser va más allá de la negociación acerca del Canal sobre la base de los actuales puntos de acuerdo —Declaración de los Ocho Puntos (7 de febrero de 1974)—<sup>2</sup> y postulan, no obstante ser "notablemente heterogéneos

entre sí", soluciones más ambiciosas o más radicales que las del Gobierno.

Pero, como lo destaca el autor citado, "sin que esto signifique una falta de unidad nacional en torno a las aspiraciones históricas de Panamá con respecto al problema canalero —si algo une al panameño es su 'religión' (así llamada por Torrijos) en materia de nacionalismo en torno al Canal y la soberanía—, lo cierto es que se trata de negociaciones difíciles, hartamente complicadas, susceptibles de grandes presiones por parte de los Estados Unidos por razón de la abrumadora presencia militar "de facto" y debido a la enorme dependencia económica que, en el fondo, asfixia al país" (p. 18). Sirva entonces la cita realizada para apreciar en sus justos términos el alcance y el peso real del mensaje del general Torrijos que transcribimos al comienzo de esta revista de opiniones.

De otro lado, cabe indagar entre los testimonios y comentarios sobre el actual Panamá, para discernir hasta qué punto la empresa de independencia económica y las tareas de cambio social se ajustan a la construcción de una realidad nueva y para sostener, en firme, los reclamos de soberanía. Construcción que, como lo reconocen los panameños y los analistas de fuera, debe realizarse impostergablemente y en medio de contradicciones y dificultades cuya magnitud no se le oculta a nadie. Como lo señalara Rubén Darío Herrera: "la estructura política y social que anuncia la Constitución Política de 1972 abre camino para un mayor grado de participación popular".<sup>3</sup>

Y agrega: "El Estado ha de asumir nuevas responsabilidades en la esfera económica y social, pero no se pretende abrumarlo con tareas de decisión, control y regulación extremas que estén no sólo fuera de sus posibilidades reales en términos de recursos financieros y humanos, sino que podrían provocar la postulación de toda iniciativa popular o privada.

"Por lo contrario, la política al respecto se ha orientado hacia la descentralización y hacia la promoción de la participación con miras a descansar cada vez más en la responsabilidad local y en la iniciativa popular.

1. Véase *Una explosión en América: el canal de Panamá, Siglo XXI, México, 1976*, p. 16.

2. Véase "Panamá: convenio de principios para un nuevo tratado sobre la Zona del Canal", en *Comercio Exterior*, México, febrero de 1974, pp. 177-179.

3. Véase *La necesidad de cambios sociales en el desarrollo económico de Panamá*, Publicación de la Asamblea Nacional de Corregimientos, Panamá, 1974.

"La tarea de promover una efectiva participación popular no ha sido fácil en un país donde ella había estado prácticamente ausente. Sectores muy importantes de la población habían permanecido marginados de una auténtica y efectiva presencia. La acción reciente se ha dirigido a promoverles sentido de grupo y de responsabilidad y a crearles capacidades de organización y de expresión. Esas acciones, que algunos califican de paternalistas, han parecido indispensables para crear en esos grupos, por paradójico que parezca, una actitud de independencia, de autogestión y de madurez que, luego, les permita una genuina participación ciudadana, plena de responsabilidad."

Para concluir estableciendo la interrelación estrecha, indisoluble, entre "la lucha por la total recuperación de la soberanía y la afirmación de la propia identidad de nuestro país [que] ha promovido gran sentimiento de solidaridad y claras acciones de apoyo en el resto del mundo".

Asimismo, y para referirse a otro aspecto no menos importante del actual proceso panameño, cabe citar las siguientes apreciaciones sobre la autonomía del aparato político con respecto al poder económico.

Así, Recaurte Soler<sup>4</sup> fija en el año 1970 "la primera pública discrepancia entre el nuevo régimen y la empresa privada". Y registra la velada amenaza el año siguiente de violencias en el campo contenida en la carta pública del presidente de la Asociación Nacional de Ganaderos. Amenaza que respondía a las medidas gubernamentales en relación con la reforma agraria. Todavía —afirma— en octubre de 1975, el sector privado reclama públicamente mayor participación en la política económica.

"Es que la autonomía política frente al poder oligarca —concluye Ricaurte Soler— crea peligrosas coyunturas." El ya citado Herrera, ha enfatizado el aspecto positivo de la independencia del aparato político con respecto al poder económico "lo que le permite —dice— márgenes más amplios de operación autónoma, sin que ello signifique una oposición a ese poder".

Xabier Gorostiaga, por su parte, ha formulado lo que llama "el gran dilema y el gran interrogante del modelo panameño", en estos términos: "¿Se están comenzando a dar pasos en Panamá hacia un modelo bonapartista, fuertemente nacionalista, antiimperialista, antioligárquico, pero todavía inclinado a formas capitalistas de crecimiento económico?"<sup>5</sup>

Sin ánimo de cancelar, ni de concluir sobre el punto, puede afirmarse que la discusión y los esclarecimientos del tema, no sólo contribuyen a la formación de una conciencia más rigurosa, sino que sirven para clarificar el sentido de un proceso de luchas sociales y políticas de las que pende el destino de Panamá. Esta reseña no puede soslayar la consideración de algunos rasgos del proceso económico de Panamá, cuya incidencia —en última instancia— se manifiesta en todos, o en casi todos, los aspectos destacados en líneas anteriores.

Como corresponde a una economía dependiente el crecimiento económico se realiza en sectores específicos y sometido a variaciones en la localización que viene determinadas, mayormente, por la presión externa y por los retrasos estructurales de la propia economía.

A partir del año 1971 y hasta 1975 el PIB creció a un ritmo cada vez más lento: 1971, 8.7%; 1972, 6.3%; 1973, 6.5%; 1974, 2.6%, y 1975, 3.3 por ciento.

A juicio de los analistas económicos el crecimiento de 3.3% de 1975 se conjuga con una paulatina merma del ritmo de expansión de los precios, lo que permite afirmar que los problemas coyunturales que afectaban el desarrollo económico en los últimos años tienden a ser superados.

Las políticas de fomento aplicadas en el sector agrícola han logrado un vigoroso aumento de la producción, como lo sugiere la simple comparación de las tasas de 1974 y 1975: -1.5 y 6.2 por ciento, respectivamente.

Las exportaciones exhibieron en 1975 una tasa de crecimiento de 9.3% frente a

6.1% en 1974. Por su parte, las importaciones redujeron 6.1% su *quantum* con respecto al año 1974. Esta reducción se origina en la caída en los niveles de actividad de los sectores productivos que se vinculan al mercado interno urbano, lo que unido a la mayor desocupación, provoca una insuficiencia dinámica de la demanda nacional.

Los expertos destacan, como rasgo sobresaliente de la evolución económica de Panamá durante 1975, la contracción en los niveles de capitalización del sector privado frente a un significativo incremento en las inversiones públicas. Este rasgo se vincula, como parece obvio, con los temas anotados más arriba, sobre las relaciones entre aparato político, política de cambio social y poder económico.

Así, los mismos expertos señalan que las disposiciones gubernamentales destinadas a mejorar la participación de los sectores laborales en el ingreso han operado, junto con otros factores de origen externo, para determinar esa contracción en el sector privado.

De modo más permanente, el agotamiento de los modos tradicionales de crecimiento económico —expansión de la demanda externa y proceso de industrialización orientado a la sustitución de importaciones— unido a los fenómenos recesivos e inflacionarios en el orden internacional y a las alteraciones violentas experimentadas en el nivel de precios de los energéticos, han impulsado al Gobierno de Panamá a formular el Plan Nacional de Desarrollo 1976-1980, cuya estrategia global de crecimiento tiene como objetivos principales la diversificación del aparato productivo, el aprovechamiento intensivo de los recursos naturales y la mejor distribución de los beneficios del crecimiento.

En el marco de esta estrategia se ensayan, ya desde 1974, los dispositivos para incrementar la producción y el empleo, para aumentar las exportaciones y obtener, así, una mejora inmediata del balance de pagos y para superar las fricciones y tensiones entre empresarios y trabajadores.

En resumen la unidad nacional, la conducción política con participación popular y la planificación económica son los instrumentos de la difícil conquista de la soberanía. Son, también, los medios de la esperanza. □

5. Véase "Debate en torno a la Zona del Canal y el subdesarrollo panameño" en *Comercio Exterior*, México, marzo de 1976, pp. 268-277.

4. Véase *Panamá 1925-1975*, Ed. mimeográfica, Panamá, 1975.